# SATURNO

José Pazos Pérez

Su barbilla lucía como el filo de una daga, aunque el individuo que se sentaba frente a mí no tenía modo de saberlo. Tan solo se podían ver a través de las imágenes planas que custodiaban los tres centros de preservación de la Historia, a los cuales tenía acceso gracias a mi trabajo en el Controlario. Fuera de sus muros no existía ninguna pieza de metal maleado que se asemejase remotamente a un arma, y era mi deber asegurar que así fuera. No podía dejar que esa información cayese en mano de los Otros.

Sus dedos de terciopelo se deslizaron en torno al menú mientras sus ojos granates y dorados escrutinaban las numerosas opciones que ofrecían. Se percató de que estaba mirando y me dedicó una sonrisa, mostrando sendas ristras de dientes afilados, lo cual causó un sutil vértigo en mí. Era la primera vez que acudía al Programa.

– Y bien, ¿qué te apetece tomar? – Su voz era melosa y agradable, podría pertenecer a uno de los pájaros que aparecían y desaparecían entre las ramas de los árboles adulterados. Por supuesto, eran simples reflejos de lo que una vez habían sido, ya que todos habían muerto ahogados en las mareas de helio-3.

En la carta había una infinidad de platos, todos ellos basados en combinaciones sintéticas de materiales orgánicos. Podría parecer imposible elegir, pero había uno que brillaba con luz especial, cuyo nombre se escuchaba mil veces cada día. Opté por mantener la cautela.

– Si te lo dijese, sabrías qué busco.

– ¿Acaso no lo buscamos todos? – Me respondió dejando el menú ligeramente sobre la mesa y procedió a quitarse los guantes, revelando tres anillos blancos y uno dorado. – Entonces, ¿dos Saturnos?

Asentí, tratando de ocultar el exceso de salivación que se acumulaba en mi lengua. Dirigí mi voz firme hacia el centro de la mesa.

– Maridados con un De'Goy tinto.

Mi elección del acompañamiento hizo que sus cejas se arqueasen y sus labios se curvasen. Era una bebida con toques oscuros y sarcásticos, de un color que nunca veíamos dentro de la Burbuja, pero que no dejaba de resultarme familiar. Me pareció muy acertada para nuestro encuentro.

– ¿Es tu primera vez en el Programa?

Fijé mis ojos ultravioleta en los suyos, tratando de analizar hasta el más mínimo detalle antes de responderle. Me pasé la mano por el pelo, pretendiendo que lo arreglaba, y aproveché para mirar alrededor. Pude observar el sutil movimiento de los espejos que rodeaban la sala, que incluso se extendían a lo largo del suelo y del techo. Distintos puntos de tenue luz conseguían dar la impresión de flotar en el cielo nocturno, lo cual me daba pistas acerca de mi acompañante, puesto que sabía que diseñaban las estancias de acuerdo a los perfiles de los participantes.

– ¿Estudias el balance de los astros? – Mi cuestión consiguió sacarle la sorpresa a sus facciones, aunque se recompuso rápidamente.

– He preguntado primero.

– Y sin embargo yo he preguntado con más precisión.

Llevé mi mano a la copa y mecí el líquido de tal manera que mis tres anillos blancos y los dos dorados repiqueteasen contra el cristal. Sonreí al frente y pude ver cómo su resignación se tornaba en maquinación.

– No logro comprender cómo lo has adivinado. – Me confesó.

Evité fruncir el ceño. No era buena señal que le faltara la capacidad de deducción necesaria. Quizá me había equivocado y no tendría que haber pisado esta sala. Le contesté con sequedad.

– La decoración.

– Claro, evidentemente. – Su cara todavía reflejaba algo de incredulidad. – Sí, en efecto, trabajo entre estrellas, pero no de la manera que imaginas.

– ¿Acaso sabes lo que pienso?

Sentí su declaración como un insulto a mi inteligencia. ¿Quién se creía? Ya había demostrado que su intelecto no era brillante y ahora se atrevía a atacarme. Debí prever tal osadía de un inferior.

– No, pero…

– ¿Trabajas en el Controlario o en la Bolsa? – La gama de trabajos de los tres anillos era muy selecta, y mi acompañante no contaba con la capacidad necesaria para trabajar en las Fuerzas de la Paz.

– Soy analista de felicidades.

Lo pronunció con orgullo. Parecía que por fin habíamos llegado a un tema que le producía seguridad, y decidí permitirle que continuase y obviar los últimos minutos. Por supuesto, no por la bondad de mi corazón, si no porque me interesaba que trabajase en el mercado. Nuestros puestos pertenecían a dos áreas distintas que eran fundamentales para sostener la Burbuja, lo que significaba que, de funcionar el Programa, podríamos amasar crédito social con nuestra unión. Llegaríamos al último círculo.

– Estoy trabajando en el proyecto de culminación de la plenitud, llevo ya más de tres ciclos. Aplicamos las tendencias de satisfacción al sistema de prevención de afecciones.

– ¿Qué indice de EGO manejas?

No me interesaba lo más mínimo que graznase sobre sus proyectos, pues al final aquellos que especulaban maleaban humo y rara vez manifestaban un producto tangilble, al menos en nuestro círculo. Lo hacían todo por conseguir crédito social, prestigio, para llegar al último y una vez allí tener poder sobre la Burbuja. Sus ideas valían poco pero el capital que generaban era esencial.

Lo único que me importaba era cuánto le quedaba por recorrer. Esa era la medida de su belleza, lo que inevitablemente me atraería hacia el vínculo.

– Mi grupo está superando en un 10% el crecimiento del mercado, tenemos una inversión importante en unos días que…

La gente habla en plural siempre que tiene algún defecto propio que esconder. Mi coraza acababa de volver a subir y procedí con cautela, actuando como aquellos animales majestuosos a punto de cazar que almacenaban las memorias del Controlario.

– He preguntado por ti, no por tu grupo.

– Pues verás, – sus ojos palidecieron y perdieron el brillo – yo tengo una participación en la cartera, mi superior está muy contento con mi trabajo, y yo estoy muy cómodo haciendo esto. Recomendar acciones en base a tendencias se me da muy bien y creo que si consiguiera los beneficios esperados podría…

Intenté reprimir la expresión de hastío que se quería colar por mis articulaciones. No esperaba encontrar a tal deshecho que se postraba a las órdenes de una fuerza mayor sin aspiración ninguna. A alguien que solo "recomendaba" acciones pero no contaba con la valentía de tomarlas.

– ¡Qué maravilla que trabajes con esa constancia! – Le respondí con senda falsedad – ¿Por qué no me cuentas más?

– Oh, bueno, ¡claro! – Su preocupación se borró y empezó a gesticular como un pequeño bicho – Pues en este proyecto estoy empezando una introspección sobre el mercado que…

Dejé de escucharle, y tuve una lucha interna por no reírme. Cómo iba a tolerar alguien como yo a semejante conformista. La gente así debería de ser expulsada de la burbuja, puesto que no eran más que lacras del progreso al que aspirábamos. Nuestras redes neuronales no tendrían ningún problema en asumir el trabajo repetitivo e insulso de aquellos sin voluntad.

Su voz ya no sonaba dulce, me producía hastío y repulsión. Si no tenía ambición en los negocios, ¿cómo podía pretender amarme? Dirigí mi mano al pulsador bajo la mesa mientras cosía mi mejor sonrisa. Ya solo oía un murmullo y al mirar en su dirección no veía más que objetos inanimados.

Puede observar el terror que la palidez instantánea pintó en su cara en el breve instante entre su última palabra y el momento en el que el suelo se quebraba a sus pies. El cristal roto fue engullendo su cuerpo rasgando fieramente su piel, por la que salía todo el De'Goy que había bebido. No dudó en aprovecharse y tomar tres copas enteras pese a saber que no merecía estar aquí.

Mientras agonizaba intentando agarrarse a la superficie pulida, tratando de no caer al nivel inferior, miré al frente, y ahora que ya no estaba, observé como el poder se apoderaba de mi reflejo hasta que no pude contener una carcajada. Lo último que vi fue su barbilla afilada como una daga incrustada en un mar de cristales.

Caminé con mis agujas a la siguiente sala, asegurándome de pisar lo que quedaba de su cara y terminando de hundirla. Llevaba el Saturno que había pedido en una mano, al cual tan solo le faltaba un bocado. No había podido consumir más ya que eso significaría aguantar la mediocridad durante más tiempo, y alguien de mi estima no se podía permitir tal despilfarro. En la otra, la copa de De'Goy, la cual había rellenado con el líquido caliente y espeso que había quedado en el suelo tras su caída. No lo iba a necesitar en el lugar al que iba. El fluido brillante bailaba dentro del cristal mientras reflejaba todas las luces de los espejos que nos rodeaban.

Crucé el umbral y descubrí que en esta ocasión mi acompañante llevaba un uniforme de las Fuerzas de la Paz. Las insignias rasgaban la tela blanca y tres círculos negros se enlazaban con otros tres, uno dorado, uno plateado y otro de un material que imitaba los reflejos del aceite. Esta era la oportunidad, la unión de nuestros departamentos, la escalada automática de un círculo. Era perfecto.

Hasta me alegré de lo que hasta ese momento me había parecido una experiencia desagradable, porque hizo que entrara a la sala con la confianza que otorga cargar con un manto de poder. Le dirigí mi mejor sonrisa y me senté, dejando el plato en la mesa y bañando mis labios en el maridaje.

– Buenos días, pese a que el anterior encuentro no acabó bien, me parecía una pena desperdiciar este Saturno. ¿Qué deseas tomar tú?

– Sería un auténtico drama que una comida así se echase a perder. Tomaré otro. Y una copa de eso, tiene una pinta excelente.

Sus ojos color obsidiana se suavizaron y dejaron entrever las arrugas por las que corrían vetas de oro enmascarando su edad.

– ¿Qué puesto ostentas en las fuerzas?

– ¿No crees que tu pregunta es indiscreta?

Sabía que me había extralimitado, pero si quería que mi plan funcionase, necesitaba declarar mi superioridad. Su estatus no me intimidaba porque yo estaba en

posesión de la Verdad. Trabajaba en el Controlario. Sabía todo lo que había que saber. Y el conocimiento no es más que otra forma de pronunciar poder.

– Quizá, pero es acertada, no lo puedes negar.

Su Saturno ya había llegado y tomó un bocado, seguido de la sensación orgásmica que producía. Se le escapó un suspiro.

– Me gusta tu osadía. Soy capitán de la concordia.

Tuve que esforzarme por mantener la compostura. Era el puesto más importante de nuestro círculo, pues era el encargado de mantener la felicidad dentro de la Burbuja. Si nuestra sociedad se mantenía en pie era gracias a su trabajo, evitando que los malos pensamientos llegasen a ser formados, cortando de raíz cualquier brote de insurgencia. Nuestra unión empezó a asentarse con fuerza en mi imaginación. Era lo que necesitaba.

Tomé un bocado del Saturno para poder enmascarar mi gozo. Se deshizo como mantequilla en mi paladar y todas las terminaciones nerviosas de mi lengua dispararon a la vez. Sentí un rayo recorrer mi cuerpo y me empecé a fundir. Un gemido se escapo de mi boca mientras el placer seguía in crescendo. Volví a abrir los ojos y la mirada lujuriosa de mi pretendiente cayó sobre mi cuello, mis manos y mis ojos, en ese orden. Pero no le iba a servir todo en bandeja, un poco de resistencia haría todo mucho más interesante.

– Tengo curiosidad, ¿qué le hacéis a aquellos que no opinan como nosotros? – Los rumores sobre los métodos de las fuerzas de la paz eran de lo más descabellado y me ponían demasiado como para resistir la pregunta.

– No tengo claro que pudieras resistir lo que te contaría. – Lo dijo con una voz profunda y tremendamente deseosa, incitando al peligro.

– Te sorprendería.

Me levanté con la copa de De'Goy en la mano y la terminé, tirándola a un lado. Estalló en pedazos haciendo que los espejos se resquebrajasen, multiplicando mi reflejo. El líquido espeso había quedado impregnado en mis labios, confiriéndoles

un color más vigoroso y sabor a metal, aunque sólo yo podía conocer a qué sabía este.

Mi contrario también se irguió y rodeó la mesa en la otra dirección, agarrando mi Saturno y engulléndolo de una tacada. Cómo si recibiera un golpe seco de un martillo, el placer comenzó a cegarle y a consumirle. Agarré el suyo y lo metí en mi boca, deshaciéndome en el suelo de cristal. Me arrastré fuera de mi vestimenta hacia dónde se encontraba, mientras cómo un reflejo mi acompañante hacía lo propio. Entonces, justo cuándo estábamos a punto de sellar la unión devorándonos, una luz del mismo color que mis labios llenó la sala.

La alarma vociferó tanto que los espejos vibraban en resonancia. El contador marcaba cero. Se había agotado nuestro tiempo, y no habíamos completado la unión. No. No podía ser. Joder.

Miré hacia dónde estaba con horror, pero sólo podía ver mi cara de pavor absoluto en los espejos. Tenía todo al alcance de mi mano. Todo el poder que deseaba, pero ya no quedaba tiempo. El Programa había sido muy claro respecto a eso. Si la unión con tu aspirante no fuera completada antes de que el reloj marcase cero, ambos tendríais que moveros a la siguiente sala.

Vi mi vida desmoronarse a la vez que los espejos caían y se rompían contra el suelo. Nunca iba a encontrar algo tan bueno. Era imposible. Me quedé de rodillas en el suelo con el regusto del Saturno quemándome la garganta, mientras el miembro de las Fuerzas de la Paz se levantaba, desempolvaba su uniforme, y se giraba para salir de la estancia sin tan siquiera mirarme.

Me tambaleé hacia la siguiente sala no sin antes detenerme en pasillo antes de entrar. Enjuagué mis ojos zafiro para borrar las vetas rojas que se habían apoderado de ellos y arreglé mi cabello. El color intenso de mis labios había desaparecido.

Agradecí haber llegado a la nueva habitación antes que mi pretendiente, y aproveché para acomodarme en el asiento. Miré hacia arriba y vi un anillo de luces, imitando a las cintas que utilizaban hace siglos para proyectar imágenes. ¿Le gustaría la historia? Pensé que era posible que también trabajase en el Controlario.

Necesitaba recuperarme, así que pedí tres Saturnos más y otra botella de De'-Goy. Bebí directamente de ella mientras tomaba aquellos manjares a puñales. Mi cuerpo estaba entrando en trance y me estaba olvidando de lo que acababa de pasar cuándo oí pasos resonar en el espejo.

Su mirada se centró directamente en los Saturnos, e inmediatamente se agachó para expulsar el contenido de su estómago en el suelo. Me asusté y eché la silla hacia atrás, llevándome la mano a la boca. Nunca había visto a alguien hacer eso en la vida real, tan solo en cintas del centro de preservación de la Historia. En ellas usualmente los sujetos estaban embriagados, bajo los efectos de algo llamado alcohol. Dentro de la Burbuja ese brebaje no existía, nadie conocía su composición, la habíamos borrado de todos los escritos y de todas las mentes.

Observé aquella cosa feble y curvada con más cautela, mientras se llevaba una mano a la boca para limpiar los restos. Era… un ser distinto a nosotros. Miré a su mano y dejé escapar el aire cuando vi que no tenía anillos. No pertenecía a este lugar. Pero eso no era posible. Nadie entraba en la Burbuja. Me eché hacia atrás hasta que mi espalda chocó con el espejo. Vi cómo se acercaba y llevaba una mano a su cintura

– Eres una monstruosidad. – Me dijo con ferviente asco en su mirada.

Se me helaron las venas. ¿Cómo podía pensar eso de mí si los espejos estaban reflejando su repugnante ser? Ya se encontraba a apenas unos pasos y no tenía a dónde escapar. No vi el filo hasta que fue demasiado tarde.

Volví a abrir los ojos y los suyos me estaban fulminando. Mi garganta se encontraba atrapada entre una daga afilada y miles de cristales suspendidos. Una daga de verdad, construida frío y muerte. ¿De dónde había sacado un arma? No había metal en la Burbuja.

– Te voy a decir lo que vamos a hacer. Vas a asentir muy suavemente si lo entiendes. Si no, creo que es fácil imaginarse lo que te va a pasar. ¿Estamos de acuerdo?

Acercó un poco más el filo y una fina linea de De'Goy se dibujó en mis cuerdas vocales, dejando una sensación áspera y dolorosa que nunca había sentido. Moví la cabeza apenas unos milímetros para indicar que podía continuar y me hundí más en aquella humillación.

– Es que os miro y solo veo mierda. Ahora me vas a acompañar a un sitio muy bonito, te va a encantar. – La sonrisa macabra me decía que no podía ser así.

Sin separar el cuchillo maniobró hábilmente hasta situarse detrás de mí y, con cautela, me fue empujando hacia la mesa. Me sentí completamente impotente, sin siquiera poder forcejear por temor a degollarme con ese filo. Al llegar, utilizó el pie para pulsar el botón debajo de ella, y un crujido recorrió toda la sala.

– ¿¡Pero qué haces!? – Le grité rebosando miedo y consternación.

Nos iba a mandar a… a… al segundo nivel. Me había llevado cinco ciclos subir desde ahí. No podía volver. El suelo se quebró y el espejo comenzó a engullirnos. Si antes había sentido el escozor de la daga, en ese momento me recorrió un dolor que no imaginaba posible. Parecía que todo mi cuerpo estuviera siendo deshilachado y los gritos eran demasiado pesados para escapar de la fuerza gravitatoria de mi garganta.

Pasó un día hasta que descendimos por completo. Caímos con un golpe seco al suelo de espejos del segundo nivel, finas lineas de fractura se extendieron como una telaraña desde nuestros cuerpos. Ya no sentía nada salvo muerte, odio, dolor, impotencia. Mi *pretendiente* se levantó y me tiró del pelo. Ya no me importaba tener todo el cuerpo en carne viva, había llegado al límite de lo que podía agonizar. Y ahí es dónde me equivocaba.

Volvió a pulsar el botón, y el suelo nos engulló de nuevo, esta vez inimaginablemente más punzante que antes. Descendíamos al primer nivel, y esta vez tardamos más de un día. Miré en su dirección y no parecía molestarle ni la mitad que a mí, no entendía cómo no podía sentir todo este suplicio. Mi último pensamiento antes de desfallecer fue que nunca podría volver a subir.

Me desperté y no pude contener las ganas de regurgitar. El olor era infernal, aunque por lo menos ya no sentía un dolor insoportable. Cuando apoyé las manos para no caer encima del vómito noté cómo mil agujas atravesaban mi piel. Las heridas seguían ahí y para hacer que la aflicción parase sólo pude retirarlas, resultando en mi cabeza golpeando el suelo manchado de nauseas y tierra.

No sé cuánto pasó hasta que volví a abrir los ojos, en esa ocasión tenía las manos llenas de costras. Las heridas parecían haberse infectado, sin embargo, al apoyarlas ya no sentía mil cuchillos desgarrándome. Me levanté penosamente, pero no me di cuenta de que una cadena me apresaba los pies, por lo que volví a caer al suelo como si fuese un saco.

– Por fin te despiertas, ya ha pasado un sexto de ciclo desde que caímos.

Miré hacia arriba y vi a aquel ser, esperando con los brazos cruzados. Su piel tan solo mostraba cicatrices lustrosas y una marca negra que antes no había visto.

Era un Otro. Miré a mi alrededor y descubrí con terror que ya no me rodeaba cristal, si no tierra mojada y piedras. Estaba fuera de la Burbuja.

– ¿¡Qué me has hecho!? ¡No podemos estar fuera! – Me desgañité mientras mis ojos no dejaban de derramar lágrimas. – ¡Nos vamos a morir! La contaminación…

– Créeme, la contaminación es el menor de tus problemas.

Se agachó para quitarme las cadenas de los pies, sustituyéndolas por un dispositivo negro con un paquete que había visto antes. Explosivo, de los antiguos, tan peligroso que tuvimos que borrar sistemáticamente cada mención de los libros y medios oficiales.

– Espero que no se te ocurra escaparte. – Su voz era asquerosa, no se parecía a ninguna que hubiera escuchado. Era tosca y seca, llena de tierra. – Ponte esto.

Me tendió una cinta ancha de de goma. La cogí y la miré, sin saber muy bien qué pretendía que hiciera con ella. Puso los ojos en blanco y resopló.

– Aquí. – Señaló el pecho – Tienes que cubrirte eso.

– Pero… no entiendo.

– Allí arriba habréis transcendido el género y todo lo que quieras, pero cómo alguien te vea caminar con eso o bien te van a arrastrar a las incubadoras o algo peor. Confía en mí, no quieres que eso pase.

Casi me río con la idea de confiar en alguien que me arrastró del tercer círculo. Empecé a procesar la soledad en la que me encontraba. No había agentes de las Fuerzas de la Paz cerca. No podía pedir ayuda. Y esta estupidez, me pedía que me tapase las tetas. ¿Quién iba a fijarse en eso?

Me puse la cinta y el simple contacto con la goma me produjo agonía de nuevo. Mi acompañante decidió que no la había colocado ni la mitad de apretada de lo que tenía que estar, así que tiró tan fuerte que me volví a desfallecer.

Unos momentos después recuperé la razón y iba a desgañitarme, pero su mano me tapó la boca. Mis lágrimas la cubrieron y el sabor a sal me recordó a la copa de De'Goy que parecía que acabase de tomar.

– Espera un rato, te acostumbrarás.

Miré hacia abajo y vi mi pecho casi plano. Notaba la presión de ambas partes punzar mis costillas impidiéndome respirar. Conseguí forzar unos susurros.

– ¿Por qué? – Al escucharme se rió, aunque podía notar tristeza en su tono.

– Responder a eso nos llevaría más de una vida. Las mujeres llevan oprim-

– ¿Qué es "mujeres"?

Me miró con incredulidad, cómo si acabase de escuchar una barbaridad. Cada vez sentía más incomodidad y pensé que me estaba perdiendo algo muy grande. Ni toda la capacidad de análisis que utilizaba en el trabajo me dejaba entrever lo que quería decir.

– Joder, ¿en serio no sabes…? – Se giró y resopló. – Pues claro que no os cuentan nada. Así sois una horda de parásitos que ni siquiera saben lo que hacen.

– Trabajo en el centro de preservación de la Historia, sé todo lo que hay que saber. Si te estás inventando palabras para desestabilizarme tengo que decirte que no lo…

– ¿Dices que sabes todo? – Golpeó su cabeza contra el muro de piedra y quedó así, resignado – No sabes una mierda. Tu "historia" está tan sesgada que no creo que haya un dato real. Tu concepto de verdad está tan distorsionado que sería imposible debatir contigo. Pero no te preocupes, te voy a enseñar lo que significa ser mujer. Al menos en este infierno que habéis creado. Levanta.

Me incorporé torpemente y no se me pasó el hecho de que por mucho que llevase una carga en el pie, no iba a explotarlo mientras estuviera a su lado. A juzgar por los videos que había visto y el tamaño de esta cosa, el radio de explosión tenía que ser considerable.

Pensar en eso me ayudó a aclarar mis ideas y mi mente analítica volvió a funcionar. Si había llegado al tercer nivel era perfectamente capaz de librarme de esta situación y volver. Lo primero era conseguir toda la información que me faltaba y así poder recuperar el control.

– ¿Yo soy "mujer"? – Vi que frunció su ceño y paró un momento.

– Sí. Y no. La definición es muy confusa. Si te remontas a los siglos oscuros tener vagina y tetas te hacía ser mujer, pero después se demostró que era algo distinto y no estaba ligado a estas cualidades físicas. Fue una lucha constante, con mujeres que llegaban a atacar a otras por no nacer de determinada manera. Pero lo que siempre estuvo claro es que las mujeres estaban sometidas a los hombres, desde antes que la historia fuese escrita. Y ellos no estaban dispuestos a ceder.

Nada de esto se incluía en los videos del centro de preservación de la Historia. Me preguntaba si se estaría inventando todo para ganar tiempo, o si tendría parte de razón. El caso es que esa linea de interrogación parecía funcionar.

– Entonces, ¿quién ganó? Nadie dentro de la burbuja sabe lo que es "mujer", nadie nunca lo ha mencionado ni lo ha escrito.

Me paré a pensar en la gente que conocía, nunca le había dado importancia a si tenían tetas o no. Ni siquiera me había parado a preguntarme lo que la gente con la que había tenido relaciones tenía entre las piernas. ¿Acaso marcaba alguna diferencia? No tenía ni pies ni cabeza, es como tratar de dividir a la gente por el color de sus ojos, por la forma de su cuerpo, por la curva de su cuello, por el tono de su piel. No podía concebir un mundo en el que el valor de alguien se midiera por algo que no fueran sus anillos.

Parece que mi pregunta volvió a resultarle graciosa a mi acompañante, y esperó unos instantes antes de responder mientras me guiaba a través de un camino de tierra con vegetación marchita a los lados. La miré con incredulidad, no eran plantas sintéticas, pero tampoco rebosaban mucha vida.

– Nadie. Y los mismos de siempre. Después de la catástrofe…

– La marea de helio-3 – Le interrumpí.

– Si quieres llamarlo así. Genocidio es otra palabra que dudo esté en tu vocabulario. La destrucción sistemática de los Otros. Ser mujer era un único eslabón de la cadena. El tono de piel o la procedencia también importaban. A quién querías. En quién creías. Lo que pensabas. Pero, sin duda lo más importante, cúanto poder tenías. Y la medida del poder es la riqueza. Alguien con poder podía esquivar todas las otras falsas lacras que intentaban imponerle, mientras que esta élite despreciaba a todos los que no les alcanzaban. No sé por qué estoy hablando en pasado. Sois vosotros los que habéis creado este infierno en la tierra para chuparnos como chinches mientras mantenéis el sistema más arcaico del planeta. Lo peor es que ni siquiera sois conscientes de ello.

Giramos por un sendero y llegamos a una depresión en el terreno llena de troncos sin hojas. Un edificio gigante se erguía en el medio, un cubo perfecto de hormigón sin ventanas, frío y extraño.

– La incubadora. – Señaló – Vamos.

Nos acercamos peligrosamente al bloque de cemento y comencé a apreciar motivos en relieve grabados por toda la superficie. También se podían observar cuatro tubos transparentes de varios metros de diámetro que salían hacia cada uno de los puntos cardinales. No conseguía discernir qué viajaba a través de ellos, más parecía un líquido espeso y viscoso.

– Antes mentí, lo más terrible no es que no sepáis lo que nos hacen, lo más atroz es eso. Es en lo que habéis convertido el poder. Es horroroso, asqueroso. Y cuándo lo veas no vas a poder ignorarlo.

Estaba escuchando atentamente, pero no buscando que me convenciese, si no analizando sus puntos débiles. Mi acompañante no dejaba de mirarme mientras yo maquinaba las maneras en las que podía ser una amenaza. Me había fijado en que llevaba la misma daga que había usado para secuestrarme en el pantalón, sujeta a la altura de la cadera en el lado que se me oponía. Tendría que buscar alguna manera de que girase su torso para poder robársela. Antes debía bajar su guardia.

– ¿Y tu?

– ¿Y yo qué? – Me miró con inquisición.

– ¿Eres mujer? – Tras lo que me había revelado me había fijado en su pecho y parecía plano, más la cuestión no tenía otro objetivo que la disuasión.

– Depende a quién le preguntes. Y depende de la definición que des. Mi favorita es la de la época de oro, por lo que sí, considero que soy mujer. Nací atrapada en este cuerpo, aunque este no es el mejor momento para… ¿¡Estás bien!?

Me había tirado al suelo fingiendo que había tropezado, teniendo especial cuidado de mantener el pie con el explosivo en equilibrio para no golpearlo fuertemente. Sentí la tierra penetrar por las heridas que tenía en la barbilla, y reprimí un grito. Noté como se acercaba y se agachaba a mi lado para ayudarme. Entreabrí

los ojos y vi su daga a unos centímetros. Cuando comenzó a hacer fuerza para girarme, agarré su tobillo e hice que perdiera el equilibrio.

Me levanté rápidamente y me puse encima de su cintura con fuerza, agarrando el filo metálico en el proceso. Con un movimiento rápido lo llevé a su cuello, y me detuve un instante para observar el terror en su cara. El mismo que había en la de mi primer pretendiente. Recordé la sensación de poder que había sentido y no dudé.

Previamente a que la luz se apagase en sus ojos, estos reflejaron la decepción. Que ingenuidad. Pensaba que podríamos forjar una amistad. Se atrevió a pensar que me relacionaría con los Otros. Yo, alguien de la Burbuja, con una escoria semejante. Que seguiría su insulsa causa, que por mostrarme otra verdad me revelaría contra los míos, contra mí. Antes de dejar su cadaver inerte bebí una copa de De'Goy. En ese momento entendí la razón por la que me resultaba tan familiar.

Me encaminé a la Incubadora, puesto que supuse que uno de los tubos llevaría a la Burbuja. Tenía que entrar. Tenía que volver. Una vez presente en la puerta del edificio, unos hombres me pararon. Tenían los ojos de demonio y los humos de una fábrica. Me rodearon y me tocaron, me desprendieron la goma y se acercaron más, y más. No me resistí. No era la primera vez, pues para llegar a los niveles más altos había que hacer sacrificios. Necesitaba pasar y era la única decisión estratégica. Me sentí con poder sobre ellos, mientras les dejaba pensar que me forzaban. Sin embargo, era la primera vez que eran *hombres*, y no pude evitar notarlo.

Cuando los agoté, crucé la puerta de la incubadora y, una vez se sellada, el suelo tembló con el regalo que les había dejado. Jugaron con fuego y se quemaron. Con los tobillos libres, me estiré y caminé entre metales.

El panorama dentro del edificio era maravilloso. No había caído hasta entonces, pero me hallaba en la fábrica de Saturnos. Podría decir que se parecía a las

factorías de ganado que había visto en los archivos del Controlario, pero eso apenas rascaría la superficie de la realidad.

Miles, millones de mujeres entubadas, utilizadas como recipientes para crear criaturas. Una producción ilimitada de infantes. Empezaba a entender la Burbuja cómo nunca antes, todas las conexiones comenzaban a tener sentido, podía escuchar el poder recorriendo mis venas.

Aquellos seres repugnantes en miniatura se vertían sobre las cintas transportadoras que inundaban aquel océano de tecnología basta. Todos quedaban registrados y sus datos genéticos eran transmitidos mientras una subasta instantánea aparecía en las pantallas de la fábrica. EGO. Ellos eran el motor de la bolsa, lo que compraban y vendían los analistas de la felicidad en su libre mercado. Las pantallas que rodeaban toda la producción mostraban gráficas que se actualizaban cada momento para reflejar los nuevos valores.

Para mi primer pretendiente debería de ser completamente desconocido que comerciaba con corazones y, sin embargo, saberlo hacía que fuera infinitamente más divertido. Cómo cuando pude comparar su barbilla con una daga y nunca se lo podría imaginar. Un plan empezaba a formarse en mi cabeza y sabía exactamente cómo ejecutarlo.

Me moví entre cintas y procesadoras hacia el tubo del este. A mi paso dejé máquinas desinfectantes y hervidoras, cortadoras y hornos. Mientras caminaba observé cautelosamente la pantalla y descubrí que aquellos clasificados como varones con el mejor material genético eran enviados hacia el norte, mientras que los mediocres se enviaban al oeste. Los que no eran comprados se mandaban al este, a través de todas las máquinas que convertían algo sin valor, que nadie podría querer, en el producto más suculento de la Burbuja. Por la tubería a la que me dirigía fluía una cadencia constante de Saturnos. Como curiosidad, excepto las más brillantes, todas las clasificadas como hembras acababan en el sur. Aquel no era más

que un conducto que se doblaba en sí mismo y volvía a la fábrica. Un ciclo perfecto.

Llegué a la plataforma donde se alzaba imponente la entrada a ese enorme túnel, en el cual se inyectaban varias docenas de Saturnos por segundo. Cogí uno antes de que entrase y lo derretí en mi boca. El sabor me inundó de placer infinito y determinación. Con esa fuerza, me lancé al vacío.

La mesa directiva del cuarto círculo se extiende ante mí. Miembros de la cúpula, los más selectos de la Burbuja, debaten en murmullos y conspiraciones tras la verdad que acabo de exponer. Los Saturnos cubren la superficie reflectante, acompañados de pantallas llenas de información y cristales rebosantes de De'Goy. Sus ojos de platino, rubí, amatista y diamante me examinan con miedo y superioridad, a lo que sólo puedo responder con el mayor despliegue de egolatría.

Tengo más poder que la totalidad de mis oponentes. Poseo la integridad del conocimiento que amasan y más. No les he contado el relato completo, pues eso tan solo significaría rebajarme y someterme, más si es lo suficiente para que sepan que han de temerme. Infinidad de escenarios están previstos, todas las bifurcaciones posibles, y tengo respuesta a cualquiera de las preguntas. La Burbuja va a ser mía y aún no lo saben.

– ¿Por qué no habríamos de utilizar las técnicas de las Fuerzas de la Paz y borrar tu memoria? – Pregunta un panelista, exhibiendo sus cuatro anillos blancos y siete rojos como un pavo real.

– Solo estaríais retrasando lo inevitable. He estado en la incubadora. Ahora soy sempiterno.

Un murmullo recorre la sala y la consternación mina los rostros de los presentes. Observo con burla como un puñado mueve las sillas hacia atrás preparándose para escapar. Como pequeñas criaturas se asustan con cualquiera que amenace su trono. Son patéticos y predecibles.

Mi código genético estaba grabado a fuego en la incubadora, mi infinito conocimiento se haya incrustado en él. No pueden acabar conmigo sin destruir el sistema que les mantiene con vida. Resurgiría de las cenizas una y otra vez igual que los fénix del pasado.

– ¿Qué quieres, pues? – Dice otro panelista con pesadumbre.

– Todo.